



autonomía, presencia de las masas reclamándola en las calles, como sucedió en Cataluña, en Valencia, en Galicia o en Andalucía. "Si aquí se hubiera convocado una manifestación con ese fin, el número de asistentes habría sido muy bajo", me dice Mediero. Y luego se expresa en señalar la falta de una investigación de la historia de Extremadura, del estudio de aquellos episodios —"¡Se sabe tan poco de los alumbrados de Llerena, por ejemplo! Y ni siquiera existe una buena edición, corrigiendo los evidentes errores tipográficos del original, del teatro de Diego Sánchez de Badajoz!"— y personajes que han catalizado las singularidades de la vida extremeña.

Cuando en un debate, celebrado en el Menacho dentro de la IV Semana Teatral de Badajoz, Martínez Mediero repite estos mismos conceptos, alguno de los jóvenes asistentes se encrespa. Le parece que el presente está lleno de temas y que echar de menos una investigación histórica es una actitud arqueológica, una suplantación de la realidad de nuestros días por una información libresco; con lo cual quizá no entiende que en todo presente vive siempre una parte de pasado y que la relación entre esos dos tiempos forma parte de cualquier afirmación consecuente de la identidad de una persona o de un pueblo. El debate del Menacho ponía en todo caso de manifiesto las generalizaciones y las confusiones que giran en torno al concepto de "conciencia regional". El hecho de que unos espectadores abuchearan el fragmento catalán de "No hablar en clase", de un grupo barcelonés, prueba, por lo demás, el carácter primario y contradictorio con que algunos abordan el problema. Un actor barcelonés hubo de decir que, a fin de cuentas, el catalán habla sufrido la represión del castellano, y que el grupo tenía perfecto derecho a introducir algunas palabras de su lengua; aparte, claro, de que siendo la "represión" cultural, y por tanto la idiomática, el tema principal de la obra, esos abucheos encarnaban

a la perfección la agresión que "No hablar en clase" combatía. Las palabras del actor catalán, cargadísimas de razón, provocaron en algunos espectadores la respuesta de que Cataluña había reprimido siempre a Extremadura, según probada el número de emigrantes que allí vivían y los millones de divisas ganados por mano de obra extremeña y consumidos o invertidos en la vida catalana. Argumento, como se ve, que sitúa el tema de las autonomías en un cuadro de antagonismos nacionalistas, en lugar, como sería deseable, de unas relaciones económicas y de clases que el nuevo proceso político debería tender a corregir.

En la cafetería de la Plaza Mayor, un senador socialista me señalaba la presencia de una serie de elementos artificiales, quizá introducidos para confundir y debilitar los procesos autonómicos más serios. No todos los políticos mantenían, sin embargo, una actitud tan escéptica, quizá porque, en definitiva, la concesión de la preautonomía puede interpretarse como un éxito en su gestión política, aparte de ensanchar, siquiera teóricamente, los futuros márgenes de esa gestión. No ha faltado, en todo caso, el diputado que aludiera a la preautonomía como a una especie de moda, tomada como un signo de progreso político, aún sin saber exactamente por qué...

Una cosa es, sin embargo, clara. En Extremadura difícilmente se producirá esa decepción que se ha dado, o empieza a darse, en otros lugares, donde la autonomía había tomado, por sí misma, sin entrar en el tema de sus múltiples alternativas y concepciones, un valor casi milagroso. A Badajoz llegó el Decreto con mucho más olor a tinta del "Boletín Oficial" que a conquista del pueblo extremeño... Si de ahí no saliera nada realmente positivo, tengo la impresión, a juzgar por la indiferencia popular, que sólo sorprendería a unos pocos. La "ilusión" que producía la palabra "autonomía" está en crisis. ■ JOSE MONLEON

Ecología

La próxima marea negra

En una mañana lenta, con ese frío viscoso que no hay manera de sacudirse de encima frontándose las manos, de vacilante niebla y dudosa luz crepuscular, tuvo lugar el fatal accidente: dos buques mercantes se abordaron violentamente a unas 30 millas de la costa más al Sur de Tarragona, casi tocando la costa de Castellón.

El primero transportaba veinticuatro mil toneladas de fuel-oil cargadas el día anterior en Cartagena. El otro podría ser un buque de carga general

procedente de un puerto italiano. Al día siguiente, los periódicos informaron de que ocho personas, ocho marinos murieron como consecuencia del brutal impacto y que se



El "Amoco Cádiz" pudo haberse hundido frente a Finisterre, contaminando toda la costa Norte de Galicia.

da por desaparecidos a cinco tripulantes cuyos cuerpos no han sido todavía hallados.

Las autoridades se despertaron tarde y apenas disponían de medios para hacer frente a la catástrofe marítima. La evacuación de los trabajadores de los barcos siniestrados la realizaron dos pesqueros que faenaban por la zona, a lo que luego vino a unirse un mercante que se dirigía a Valencia. Muchas horas más tarde apareció un helicóptero de salvamento, que se tuvo que limitar a producir más de un comentario airado entre los marinos que habían acudido a prestar los último auxilios. Su presencia era ya inútil.

Del petrolero, mortalmente tocado por su mitad de estribor, empezaron a salir miles de toneladas de fuel. Las aguas se tomarán negras, sucias. Había un mar ondulado y el viento empujaba las fúnebres manchas de oro líquido hacia las playas cercanas.

Las autoridades responsables y encargadas del caso se deshacían en desesperadas llamadas telefónicas a Madrid, solicitando instrucciones sobre lo que tenían que hacer. No es lo mismo combatir una escuadra enemiga que hacer frente a un accidente marítimo causante además de un desastre ecológico. Instrucciones, información y medios. Los puertos más cercanos —sus autoridades, queremos decir— carecían de los medios más elementales para hacer frente a una marea negra: ni medios técnicos ni personal capacitado y con experiencia.

El fuel llegó a las costas con una rapidez que sorprendió la ignorancia de las autoridades, dejando a su paso un reguero de vida herida de muerte. Durante mucho tiempo no habría pesca en aquella zona, ni gaviotas, ni marisco, ni rubios turistas cargados de divisas. Hubiera podi-

do evitarse todo eso, jamás debe ocurrir. Pero aquí no hay nada.

Todos los medios para hacer frente a la catástrofe, que finalmente llegaron a la zona, vinieron del extranjero: los detergentes, los disolventes químicos, los paleadores, todo. También llegaron gran cantidad de técnicos de Francia, de Italia, de Inglaterra, de Alemania, de todos los países que regular y sistemáticamente envían observadores a todas las mareas negras que se producen en el mundo para aprender en cabeza ajena el mejor modo y manera de combatirlos. En este caso, de pequeñas proporciones si la comparamos a las del "Torrey Canyon", "Urquiola" o "Amoco Cádiz", apenas aprendieron nada. Tu vieron que contemplar, entre risas y vergüenza ajena, cómo el primer día unas avionetas lanzaban dispersantes sobre las manchas de fuel, método que hace ya muchos años se sabe que es totalmente ineficaz para este cometido.

Televisión Española glorificó llena de orgullo y vanidad la inepta actuación de nuestras autoridades. La opinión pública fue manipulada hasta extremos increíbles y cada día los periódicos publicaban en grandes caracteres las declaraciones de uno u otro miembro de la autoridad. Todos afirmaban que ellos no habían tenido la culpa de nada. Todos ellos, sin excepción, aseguraron al país que esto no volvería a repetirse. Lo mismo dijeron cuando el "Erkowit" desoló con productos químicos las rías gallegas en 1970 y todavía hay gente, pescadores y mariscadores afectados, que no han visto una peseta; lo mismo afirmaron cuando lo del "Urquiola" y cuando lo del "Marbel"...

Prometieron que harían estudios, investigaciones, y todavía siguen prometiéndolo. ■ JUAN ZAMORA TERRES.